



ISBN 978-950-33-1155-4

## **Mujeres cooperando: la lucha por la vivienda en Córdoba y Ciudad de México.**

1

PONENTE: Paola Bonavitta

PERTENENCIA INSTITUCIONAL: CONICET- Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

EJE TEMÁTICO: Eje 3 Cultura y Política

PALABRAS CLAVES: pobreza- mujeres- cooperativismo

Ponencia:

En América latina la pobreza continúa en aumento. Frente a esto, las estrategias tradicionales para enfrentarla parecen estar en crisis. Recientes investigaciones hacen hincapié en que las redes creadas por los pobres les permiten buscar soluciones a sus problemas. Nuestro trabajo estudia cómo las mujeres cooperativistas de Córdoba y de Ciudad de México se reúnen en acciones colectivas destinadas a obtener la tierra y la vivienda, considerando la capacidad relacional de las mujeres en situación de pobreza para resolver sus problemas de exclusión y discriminación, dilucidando mecanismos y recursos sociales, materiales y simbólicos que se activan en acciones cooperativas.

Trabajamos con cooperativas de vivienda de ambas ciudades y nos enfocamos en el papel que desempeñan las mujeres de estas organizaciones como activadoras del trabajo comunitario y cooperativo. Así, comparamos las situaciones diversas y los puntos en común a los que se enfrentan, teniendo como ejes: identidades colectivas, subjetividades y empoderamiento.

Las mujeres, históricamente, son las más afectadas por la pobreza: se ven privadas del acceso a recursos, no se recompensa ni se reconoce su trabajo, sus necesidades en materia de atención de la salud y nutrición no son prioritarias, su jornada laboral es doble y hasta triple, carecen de acceso adecuado a la educación y su participación en la adopción de decisiones en el hogar y en la comunidad es mínima.

Sin embargo, hemos visto que, al participar en acciones colectivas, desarrollan mayor confianza, pues extienden el trabajo del hogar y los roles femeninos al ámbito comunitario. Así, logran intervenir en la generación y mantenimiento del capital social y enfrentar la pobreza.

Este trabajo forma parte de nuestra tesis doctoral, en la cual trabajamos con cuatro estudios de caso: dos cooperativas de vivienda de la ciudad de Córdoba y dos de la ciudad de México. Las cuatro están compuestas por personas en situación de pobreza que luchan por el acceso a la tierra y la vivienda. Si bien son cooperativas mixtas, nos centramos en el

papel de las mujeres como líderes barriales y como generadoras de acciones transformadoras de la realidad social.

Nos centramos en las mujeres puesto que consideramos los siguientes datos que reafirman el fenómeno de la feminización de la pobreza, fenómeno que va en aumento: en el mundo, el 70% de los pobres son mujeres (UNIFEM: 2007); según la CEPAL (2007), en América latina, el 80% de las mujeres son trabajadoras domésticas, un trabajo mal remunerado, sin seguridad social. Sintetizando, sufren explotación, discriminación y exclusión. Las mujeres cargan con una doble y hasta triple jornada laboral y deben coordinar distintos ritmos, horarios y exigencias, pues si bien se acrecienta la participación femenina en el mercado de trabajo, la respuesta social y masculina ante este cambio de cultura y comportamiento de las mujeres es nula. Las mujeres trabajan hasta 12 horas no remuneradas por extensión de la jornada laboral dentro y fuera de sus propios hogares; los varones lo hacen durante 10 horas, de las cuales siete están remuneradas (CEPAL: 2007, Vergara: 2008), esto muestra que gran parte del trabajo femenino no contribuye “materialmente” a la reproducción.

Enfrentar la injusticia de género requiere cambios tanto en la estructura económica como en el orden del reconocimiento, y estos procesos de organización significan empoderamiento y la posibilidad de otra experiencia vital asociada a otra clase de protagonismo (Fraser: 2002). Toda diferenciación social tiene carácter bidimensional y es explicable desde el género: tanto la división entre el trabajo remunerado y el no remunerado como la brecha salarial por trabajo de igual valor que sigue dándose en el mercado laboral por razones de género, a su vez, codifica patrones culturales como el androcentrismo, que privilegia los rasgos asociados con la masculinidad, al mismo tiempo que devalúa lo codificado como “femenino”. Tanto la mala distribución como el reconocimiento erróneo están presentes en el género por lo que queda demostrada su bidimensionalidad, que es primaria y cooriginal (Fraser: 2002).

Las desigualdades de género, socialmente construidas, derivan en un acceso desigual al poder y a los recursos, que determina jerarquías en las relaciones sociales entre hombres y mujeres. Hay una gran segmentación ocupacional por la cual las mujeres no suelen ocupar los mismos puestos de trabajo que los hombres. El trabajo de las mujeres es invisibilizado, producto de la naturalización de su rol de cuidadora y del supuesto generalizado de que se vincula a relaciones afectivas de parentesco y familiares, convirtiéndolo en un “acto de amor y de entrega” en el mejor de los casos, y de “obediencia y subordinación” en sus peores versiones (CEPAL: 2007).

Pobreza y género pueden considerarse, entonces, limitaciones estructurales que se suman a la espiral de desventajas de las mujeres: imposibilidad de acceder a la propiedad y al control de los recursos económicos, sociales y políticos. Las mujeres pobres sufren una doble opresión puesto que el capital-patriarcal oprime por su clase y su género a la mujer explotada, privándola del acceso a bienes materiales y simbólicos, a una vida digna, a un trabajo formal, a la educación, a la salud y al alimento mientras les impone la responsabilidad en la reproducción y en el mantenimiento de tradiciones, simbolismos, etc. (Lagarde: 1990), a través de las instituciones creadas por esas sociedades que las excluyen: la maternidad, la escuela, la familia (Bourdieu: 2000).

Teniendo en cuenta que se trata un estudio comparativo sobre la participación de las mujeres en situación de pobreza en la construcción de redes sociales capaces de sostener acciones colectivas orientadas a mejorar su calidad de vida de Córdoba capital y de México DF, fueron consideradas las diferencias estructurales en ambos países. En Argentina, la pobreza alcanza al 31,2% de la población y en México al 51%. En relación a la vivienda,

frecuente disparador de acciones colectivas, en América latina más de 240 millones de personas viven en asentamientos informales: en Argentina lo hace el 17% de la población y en México, más del 40%. A ello se suman las diferentes culturas, identidades y trayectorias colectivas que influyen en las mujeres pobres de cada país para resistir a pesar de las situaciones adversas.

En ambos países, la desaparición del Estado Benefactor modificó las tradicionales tareas que se había autoasignado y transformó las contraprestaciones entre grupos. Para la mujer, la consecuencia fue la reafirmación del rol de cuidadora. Las políticas públicas actuales para erradicar la pobreza ponen en la mira a las mujeres, formando grupos de mujeres y otorgando microcréditos, programas de alimentación, salud y escolarización de sus hijos, capacitación y servicios. Se implementan políticas paternalistas que “sostienen a los pobres a la vez que les exigen funcionar” (Wacquant: 2008). Las mujeres son co-gestoras de esa política pública focalizada ya que colaboran en el reparto de planes y subsidios asistiendo al Estado (Valdemarca: 2006). Esta relación entre Estado-políticas públicas-mujeres pobres cambia según la región, pero sigue apelando a los roles tradicionales de las mujeres.

Considerando, entonces, las diferencias culturales entre Argentina y México, hemos analizado cómo las mujeres se asocian y dividen sus tiempos para sostener acciones colectivas y amortiguar su situación de pobreza.

Las cooperativas han sido seleccionadas en base al sostenimiento en el tiempo (hemos buscado organizaciones que estén trabajando desde hace más de veinte años puesto que nos interesaba analizar acciones colectivas duraderas en el tiempo). Nos interesó que las organizaciones hayan logrado sostener la acción colectiva para poder analizar en profundidad y con mayor detalle las cuestiones relativas al género.

Las mujeres que hemos estudiado no se reúnen en calidad de agrupaciones de género, sino que se organizan tras la figura de madre -que es el rol más legitimado y socialmente aceptado para la mujer-. En el caso de las mujeres en situación de pobreza, es el papel que precozmente ejercen, ya sea como madres biológicas prematuras o como cuidadoras de hermanos menores; podríamos decir que es el lugar desde donde generan conocimientos que les dan seguridad para sus acciones. Por lo tanto, puede pensarse que desde allí demandan, desde allí luchan, protegen, instan a los demás a la acción colectiva. De algún modo, este es el lugar asociado con su rol en el proceso constante de resocialización de género, en la medida en que sus propias identidades femeninas se hallan en transición a partir de los replanteamientos que se están haciendo en su grupo comunitario de mujeres (Schmukler: 1997).

De esta manera, en las organizaciones comunitarias prevalece la participación de las mujeres en su calidad de madres, y allí el paradigma de la madre sagrada, tradicional en la cultura popular, comienza a desarticularse. Se redefinen, al mismo tiempo, las relaciones con los esposos y los hijos cuando comienzan a involucrarse en la vida comunal/barrial. Así, se desarrolla lo que Schmukler (1997) llama maternidad social, es decir la extensión de la maternidad al resto de la comunidad, una maternidad colectiva, que implica un incremento de la autoestima de las mujeres involucradas en grupos de trabajo. Por ello, la acción colectiva de las mujeres-madres redefinen para sus participantes su propia identidad, a partir de sus roles privados. Tal como dice Giddens (1974), es en el terreno de la conciencia práctica donde las mujeres, en la medida en que practican una maternidad colectiva, no rechazan el paradigma feminidad-maternidad sino el carácter de la maternidad como un acto sacralizado y privado.

En estas organizaciones, la maternidad social no es más la preocupación por “el hijo de una” sino por los hijos de todas (Schmukler: 1997). Ello lleva a generar formas de organización de las mujeres donde se recuperan las posibilidades de su fuerza personal y colectiva. Estos cambios personales permitieron que, en las familias de las mujeres y en el barrio en general, se replantee el papel de la mujer, poniendo en cuestión la autoridad única y “natural” centrada en el hombre (Schmukler: 1997), además de rever las capacidades, aptitudes, condiciones de las mujeres.

La maternidad misma, puesta en juego en las acciones cooperativistas, es redefinida como actividad colectiva y se la concibe no solamente como acto de amor sino también como trabajo, como liderazgo de actividades para la sobrevivencia (Schmukler: 1997).

### **Algunas comparaciones entre casos**

Se pueden poner en común varias cuestiones y aspectos que se repiten en todos los casos: en Córdoba y Ciudad de México, y en las cuatro cooperativas estudiadas, las mujeres enfrentan los mismos problemas: el machismo, el androcentrismo, el patriarcado, la doble y triple jornada laboral, la pobreza, la exclusión. Ser mujeres y ser pobres, al mismo tiempo, las oprime de manera doble.

En los cuatro casos, las mujeres extienden su rol de madre al espacio público, al barrio, a los hijos de las otras mujeres. Se produce un maternazgo colectivo. Esto se debe a que se ha reforzado -por diversos mecanismos socioculturales- que las mujeres son y existen a partir de la maternidad, de su necesidad de maternalizar, la cual, como hemos señalado, no se satisface ni siquiera al tener hijos, es una carencia y una necesidad inagotable, permanente. En esa necesidad de maternalizar se funda la permanente disponibilidad de las mujeres para cuidar a los otros, para la entrega, para el amor maternal (a los hijos y a los hombres). Coincidimos con Lagarde (1990) en que las mujeres internalizan la carencia y psicológicamente buscan la plenitud y la completud en los otros: se trata de la dependencia vital, emocional, afectiva e intelectual de cada mujer, y corresponde con su dependencia en los otros aspectos de la sociedad y de la cultura, tanto individuales como de grupo.

Las mujeres de las cuatro cooperativas, al principio inicio de las acciones cooperativistas, debían justificarse frente a sus esposos ya que se trataba de una actividad nueva en sus vidas. Con el tiempo y con la participación, fueron empoderándose entendemos por esto y en este proceso en particular al hecho que y dejaron de pedir permiso, de buscar justificativos, de creer que estaban mal al participar del grupo, de sentirse culpables por no dedicarle todo su tiempo al hogar. En esta instancia, empoderamiento significó no rendirle cuentas a nadie por sus actos.

Todas ellas, asimismo, tienen hijos: los propios y los del barrio. Todas pensaron en la cooperativa como la manera de brindarles a sus hijos un futuro mejor. Si bien algunas de ellas se han divorciado, el maternazgo es la parte central de sus vidas, sus hijos son quienes las movilizan a actuar, a cooperar, a intentar ascender socialmente. Todas ellas experimentaron marginalidad, la escasez, las necesidades la exclusión por parte de una sociedad que no perdona la pobreza.

En el caso de México, la pobreza es aún más fuerte y esto se evidencia en las características de las privaciones en relación con Argentina. La inclusión laboral de las mujeres mexicanas es menor que la de las argentinas y el número de horas que las mexicanas dedican al trabajo de cuidado/doméstico es mayor que en el caso de las mujeres argentinas, quienes comparten un poco más las tareas con los hombres (CEPAL: 2010). En parte, esto nos lleva a entender por qué las mujeres mexicanas aún no han accedido a puestos jerárquicos dentro

de la cooperativa, y esto se debe a que sus desigualdades de género son aún más firmes que los que tienen las mujeres argentinas. En México la preocupación de las mujeres pasa más por el alimento diario, por el subsistir. La pobreza la resienten más, y en las mujeres es aún más fuerte.

A pesar de esto, no podemos decir que las mujeres argentinas estén completamente empoderadas o que no deben enfrentarse al patriarcado. Contrariamente, el patriarcado y el machismo existen en cada rincón del mundo. Las mujeres aún no pueden desprenderse de los mandatos socioculturales sexistas que las subordinan y marginan. Y esto se vuelve aún más fuerte en los sectores populares, donde el machismo no deja espacio a reivindicaciones feministas pero también porque el portafolio de las mujeres pobres está más cargado de desventajas y más vacío de ventajas que el portafolio de mujeres que pueden obtener independencia económica por su profesión mejor remunerada, por ejemplo. Sólo que, en el caso de México, al estar más concentradas en cuestiones como el alimento diario o la violencia de género, los espacios de ocupación concretos de poder no son prioridad. Las mujeres de las cooperativas mexicanas encontraron allí, en los cargos jerárquicos, su “techo de cristal”. Las mujeres cordobesas han trascendido ese techo de cristal y tomaron el poder formal a partir de 2006. Con el tiempo, se animaron a ocupar puestos políticos pero luego de más de quince años de trabajo en las cooperativas.

Mujeres madres, mujeres esposas, mujeres para los otros. Es la historia que se repite en cada entrevista, en cada observación, en cada encuentro. Mujeres que, participando de una acción colectiva, han logrado incrementar sus capitales humano y social, se han empoderado material y simbólicamente, han enriquecido sus vivencias personales, han generado vínculos y redes con otras personas, han aprendido a interpretar informaciones a trascender los límites de su comunidad inmediata y han transformado su realidad social barrial y su situación individual como mujeres que habían aprendido y reproducían un rol social. Sin embargo, en ninguno de los casos este empoderamiento permitió poner fin al machismo de las organizaciones y de las familias: las mujeres siguen encargándose del trabajo reproductivo y de cuidado, pero han podido abandonar ciertos patrones de vida, comportamientos ligados al patriarcado, que las reducían a ser la sombra de los hombres.

**Mujeres en acción**

En las cuatro cooperativas, las mujeres fueron y son parte central de la cooperación. Los hombres de las diferentes organizaciones reconocen su papel central y afirman que, sin ellas, no hubieran podido lograr todo lo que han conseguido. Las mujeres han sido las primeras en detectar las demandas poblacionales y reconocer que la vivienda propia se volvía una necesidad primaria en el barrio. Las dos cooperativas de Córdoba fueron iniciadas a partir del incentivo de mujeres ocupadas y preocupadas por la situación de inseguridad y pobreza del barrio.

Ellas han ido casa por casa, contactando a los vecinos, viendo qué necesitaban, qué era lo prioritario. En el caso de CCC<sup>1</sup>, lo prioritario era la vivienda aunque también el mejorar la situación en la villa durante el tiempo que les restase allí. En CSN<sup>2</sup>, lo primordial fue el alimento y las mujeres fueron las encargadas de organizar la alimentación comunitaria. En CUPA<sup>3</sup>, la vivienda se volvió el eje primario y las mujeres tomaron la organización de la

---

<sup>1</sup> Cooperativa Canal de las Cascadas, Córdoba.  
<sup>2</sup> Cooperativa Sol Naciente, Córdoba.  
<sup>3</sup> Cooperativa Unión de Palo Alto, México.

cooperativa a pesar de que eran los mineros (hombres) los que conocían el territorio. En CFV<sup>4</sup>, la situación quizás es diferente pues, si bien desde el principio las mujeres se volvieron un eslabón central, el grupo dirigente masculino, con una conciencia política propia previa, tomó el mando en la organización de la cooperativa y lo mismo sucede hasta la actualidad.

Por otra parte, las mujeres se han enfrentado a los gobernantes de turno, aun cuando deseaban no tener que hacerlo, han exigido sus derechos y han participado de tomas de terrenos, de marchas, de mítines, etcétera. Embarazadas, con niños pequeños, nada las frenó. Como hemos dicho anteriormente, su rol de madre está antes que cualquier otro, por lo que, sin dejar de participar en las tareas cooperativas, incluían a sus hijos en las diversas tareas que la cooperación les exigía. Ellas pudieron dividir su tiempo, estar para todos, para los suyos y para los ajenos.

Además, en tres de los casos –CCC, CUPA y CFV- las mujeres aprendieron albañilería, se sumaron al trabajo de los hombres para poder acelerar el proceso de construcción de las viviendas. Creyeron en ellas, en su fuerza y su ímpetu. No se minimizaron pues confiaban en su capacidad de trabajo. Y el deseo de tener la vivienda propia, de que sus hijos se encuentren en un lugar seguro y cómodo las motivó a trabajar en equipo aún en aquellas tareas de las que el patriarcado las excluye.

Ellas, que trabajaban como empleadas domésticas, veían que otras mujeres vivían en mejores condiciones, que estaban en un ambiente más seguro, cómodo, bonito. Y querían lo mismo para sus hijos. El tomar contacto con otras realidades les permitió darse cuenta de que ellas también podían vivir diferente.

El participar de acciones colectivas les otorgó voz, les brindó la posibilidad de luchar por una mejor calidad de vida, las empoderó. En los cuatro casos, las experiencias colectivas han transformado a las mujeres dentro y fuera de sus casas. Ello no implica que las mujeres son autónomas e independientes, ni que acabaron con el machismo, pero sí han existido avances en todos los casos. En el caso mexicano, el machismo es más fuerte que en el argentino, por eso las mujeres aún están tomando conciencia de que no deben soportar la violencia de género, que sus hombres no tienen poder sobre sus cuerpos. En el caso argentino, esa información ya es conocida en las cooperativas (lo cual no signifique que está erradicada, pero no hemos tenido ninguna información al respecto). Además, han comprendido que no hacen nada malo al participar en la cooperativa y que, es más, tienen el derecho a elegir en qué invertir su tiempo. Han aprendido a exigir, a hacer valer sus derechos, a ejercer su ciudadanía. Se apropiaron de su historia personal y de la del grupo y desde allí comunicaron, construyendo identidades y memorias colectivas, recuperando una actitud solidaria con los demás y transformadora del presente y del futuro.

La lucha por la vivienda va más allá de la vivienda misma, implica todo un cambio en estilo de vida. No sólo tener las casas, sino también tenerlas bonitas, en un barrio acogedor, donde haya lugares para los niños, donde ellos puedan jugar y entretenerse. Les enorgullece lo que han logrado, y han aprendido que es su derecho tenerlo, que no son menos por ser pobres, al contrario, por serlo, el Estado debe protegerlos. Y todo ello lo han logrado a partir de tener bien en claro cuáles son sus demandas, sus necesidades y utilizando a la comunicación como puente y como herramienta de gestión, una gestión que implicó haber considerado un rumbo y alcanzado una meta aún en medio de las dificultades, produciendo

---

<sup>4</sup> Cooperativa Francisco Villa, México.

estrategias que apuntasen a canalizar positivamente las diferentes miradas y perspectivas y buscasen caminos provechosos para la mayoría de los actores involucrados.

Este tipo de gestión no es otra cosa que acción política. Tal como señala Korol (2009), los movimientos por la vivienda han encontrado una manera de hacer política, porque su organización no es otra cosa que hacer cambio político, en la forma de vincular la lucha por los derechos, con el cambio de la vida cotidiana de las personas. Y en ese cambio de la vida cotidiana, siguen mostrando que se puede vivir de otra manera.

Este tipo de organizaciones brindan seguridad, pero no una seguridad basada en el sálvese quien pueda, en la competencia, en el individualismo, sino una seguridad que altera las reglas del juego: basada en la construcción de grupalidad, una seguridad basada en la solidaridad. Y esto se da aún más fuerte en las mujeres puesto que son ellas las más inseguras, sobre las que resiente más la incertidumbre y la precariedad. Entonces, la acción política transformadora que implica el accionar cooperativo, generó en las mujeres una vida nueva, aprendizajes, conocimientos y nuevas creencias; pues ya no son sólo “la madre de, la esposa de”, ahora son mujeres que trabajan, que luchan y que transformaron su vida y la vida de sus familias, mujeres que se sienten capaces de hacerse oír.

En las acciones colectivas se construye una solidaridad que, siguiendo a Korol (2009), es un tipo de solidaridad que ayuda a pensar que la vida social en su conjunto puede ser organizada de otra manera, desde los cambios en la vida cotidiana, desde una manera de hacer política en la que se van construyendo y afirmando los valores que tienen que ver con la cooperación, con la solidaridad. Esto marca nuevas maneras de relacionarse y nuevas maneras de pararse frente al poder. Además, se demandan los derechos de manera autónoma, pensando y ejerciendo cotidianamente el poder popular.

Para las mujeres, que no tenían voz, que estaban encerradas en sus hogares cuidando a los demás, sufriendo porque no iban a poder darles un techo digno a sus hijos, el ingresar en la cooperativa les brindó beneficios que van mucho más allá de los materiales (la casa, el barrio, los centros comunales), beneficios que tienen que ver con la toma de la palabra, con la toma de poder, con la dignidad, con la inclusión, con el sentir que existen, que valen, que son necesarias y transformadoras.

Bonavitta, Paola; Homes, Laura y Patiño, María J. (2006) La comunicación y el sostenimiento de la acción colectiva en Cooperativa Canal de las Cascadas. Tesis de Licenciatura. UNC. Córdoba.

Bravo, R., Medición de la pobreza desde un enfoque de género. En: Reunión de Expertos sobre Pobreza y Género, CEPAL- OIT. Santiago de Chile, 12 y 13 de Agosto de 2003.

Burin, Mabel (2008) Las “fronteras de cristal” en la carrera laboral de las mujeres. Género, subjetividad y globalización. Publicado en Anuario de Psicología. Volumen 39. Número 1 Abril 2008. Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona, España.

--- (1996): Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables. En Mabel Burin y Emilce Dio Bleichmar (comps.), Género, Psicoanálisis, Subjetividad. (pp. 61-99) Buenos Aires: Paidós.

Centro de Investigación Participativa en Políticas Económicas y Sociales (Cippes) de la Universidad Nacional de Córdoba (2011). Índice Barrial de Precios. Marzo. Córdoba.

CEPAL (2010) Panorama social de América latina. CEPAL. Chile.

--- (2009) Panorama social de América latina. CEPAL. Chile.

- (2007): Panorama social de América Latina 2006, LC/G.2326-P, Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas.
- (2004) Entender la pobreza desde la perspectiva de género. Unidad Mujer y Desarrollo. CEPAL-UNIFEM -República de Italia. Serie 52.
- (2004) Informe de la reunión de expertos sobre pobreza y género. CEPAL- Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- (2000) Etnicidad, "raza" y equidad en América latina y el Caribe. CEPAL. Chile.
- Korol, Claudia (2009) Hacia una pedagogía feminista. Pasión y política en la vida cotidiana. Buenos Aires.
- Schmukler, Beatriz (1997) Mujeres en la democratización social. Editorial Biblos. Buenos Aires
- Sen, Gita (1998), "El empoderamiento como un enfoque de pobreza", Género y pobreza: nuevas dimensiones, Irma Arriagada y Carmen Torres (comps.), ISIS Internacional, julio.